

MIGUEL G. RODRÍGUEZ LOZANO, *Escenarios del norte de México: Daniel Sada, Gerardo Cornejo, Jesús Gardea*, México: UNAM, Instituto de Investigaciones Filológicas, 2003 (Letras del Siglo XX).

A través del estudio de la literatura de los estados norfronterizos de México, Miguel G. Rodríguez Lozano ha redescubierto “los muchos Méxicos que habitan en la superficie de la cultura” (7). Distinguir el norte fronterizo como una zona geográfica, no ha implicado para Rodríguez Lozano alejar a la literatura mexicana de la práctica universalista que la ha caracterizado. Consciente de lo vasta y diversa que es nuestra narrativa, ha centrado su interés en el auge de publicaciones escritas y producidas en los estados de Tamaulipas, Nuevo León, Coahuila, Chihuahua, Sonora y Baja California, región no solamente geográfica, sino también cultural. No habla de “literatura del desierto”, ya que esta designación reduce una experiencia múltiple a través de la cual son representados otros aspectos como el narcotráfico, la pobreza, la soledad, la muerte, lo fantástico, la monotonía de la vida y la religiosidad, entre otros.

En el primer capítulo, destaca la heterogeneidad social y cultural de la zona norfronteriza, la idea de la frontera y las características generales de su literatura. En este estudio, analiza los procesos históricos vividos en la frontera desde el tratado de Guadalupe Hidalgo en 1848 hasta definir a la frontera de hoy como “diversa, múltiple, tremendamente plural y por tanto problemática, con todo lo que ello implica: cuestiones de migración, tráfico de drogas, la influencia del narco, la explotación laboral en las maquiladoras, la pugna por los bienes energéticos, la pobreza” (20). Frente al desarrollo de la cultura chicana, la producción literaria trasciende lo regional en cuanto a temas e intenciones estéticas. Rodríguez Lozano destaca los diferentes niveles de apreciación que se tienen de la literatura en los estados norfronterizos, por ejemplo, la labor que, en Baja California, realizan Humberto Félix Berumen, historiador de la literatura del norte, y Sergio Gómez Montero, analista de la relación entre la problemática fronteriza y la literatura. O bien, la importancia de la Universidad de Hermosillo como difusora de la literatura a través del Coloquio que desde los años ochenta promueve el Departamento de Letras y Lingüística, en Sonora. Resalta también la creación de revistas y la fundación de editoriales que han ayudado a propagar la labor literaria en el norte.

A través de lo que llama “microhistoria literaria” reconstruye un espacio y totaliza una realidad, en la que los narradores, que han desmitificado a la frontera como lugar de abundancia, incursionan en géneros como la ciencia ficción, la narrativa policiaca o la novela histórica, desde los que abordan temas como la migración, la pobreza, cuestiones sociales de clase y de género, la situación de los antros fronterizos, los narcos, las drogas o la corrupción.

Estudia la integridad estética de Daniel Sada, Gerardo Cornejo, Jesús Gardea y Ricardo Elizondo, desde los ejes sociales, generacionales y de recepción. Destaca la creatividad imaginativa de Daniel Sada (Mexicali, Baja California, 1953), su búsqueda continua de un estilo, los diferentes niveles de lectura propuestos en sus textos y la métrica como base de su producción discursiva que provoca un quebrantamiento de la recepción y del efecto estético.

Observa en *Juan Justino Judicial*, de Gerardo Cornejo (Karachi, Sonora, 1937), la propuesta conceptual y temática que la hace constituirse como una novela-corrido: “En todo caso, la novela-corrido es una literatura alternativa que se inscribe en la tradición oral (notable en *Juan Justino Judicial* con el uso de la voz colectiva), en tanto que el corrido se ubica ahí, y además, al combinar corrido y novela transforma radicalmente la percepción de lectura” (87).

Encuentra la clave básica de la obra de Jesús Gardea (Ciudad Delicias, Chihuahua, 1939-2000) en la reducción al mínimo del uso de la palabra y de las historias, ya que en una imagen reveladora está contenido todo el relato. Por otra parte, hace ver que los elementos que integran la cuentística gardeana dependen del espacio, el cual no limita ni asfixia a los personajes, por el contrario, los hace mirar más allá de su entorno: “Gardea nos presenta los diferentes instantes donde el ser humano, por caminos variados, lucha por mantenerse más allá del desierto” (112).

El análisis sobre la obra de Ricardo Elizondo (Monterrey, Nuevo León, 1950) se centra en la configuración de los personajes femeninos, cuya representación entrañable e intensa trasciende toda imagen idealista. También realiza un análisis del discurso al que vincula con la oralidad, base de la construcción de microhistorias.

A través de su enfoque multidisciplinario marca caminos para nuevas investigaciones sobre la literatura del norte. Además, ofrece una completa y valiosa bibliohemerografía de y sobre autores norfronterizos en la que incluye ensayos en los que se reflexiona sobre la problemática de esta región.

MARCELA QUINTERO AYALA
Instituto de Investigaciones Filológicas, UNAM